

CÉSAR.—(Acentuando su sonrisa.) Vive.

BOLTON.—Le daré la cantidad que usted ha pedido si me la prueba.

CÉSAR.—¿Qué prueba quiere usted?

BOLTON.—El hombre mismo. Quiero ver al hombre. (ELENA pasa de la cocina al comedor llevando pan y servilletas.)

CÉSAR.—Tiene usted que prometerme que no revelará la verdad a nadie. Sin esa condición no aceptaría el trato, aunque me diera usted un millón.

BOLTON.—¿Por qué?

CÉSAR.—No sé. Quizá espera que la gente lo recuerde un día..., que desee y espere su vuelta.

BOLTON.—Pero yo no puedo prometer el silencio. Yo voy a enseñar en los Estados Unidos lo que sé; mis estudiantes lo esperan de mí.

CÉSAR.—Puede usted decir que vive; pero que no sabe dónde está. (ELENA sale a la cocina.)

BOLTON.—(Moviendo la cabeza.) La historia es una novela. Mis estudiantes quieren los hechos y la filosofía de los hechos; pagan por ello, no por un sueño, un... mito.

CÉSAR.—Sin embargo, la historia no es más que un sueño. Los que la hicieron soñaron cosas que no se realizaron; los que la estudian sueñan con cosas pasadas; los que la enseñan (Con una sonrisa.) sueñan que poseen la verdad y que la entregan.

BOLTON.—¿Qué quiere usted que prometa entonces?

CÉSAR.—Prométame que no revelará la identidad actual de César Rubio. (ELENA sale a la cocina y vuelve con una sopera humeante.)

BOLTON.—(Pausa.) ¿Puedo decir todo lo demás..., y probarlo?

CÉSAR.—Sí.

BOLTON.—Trato hecho. (Le tiende la mano.) ¿Cuándo me llevará usted a ver a César Rubio? ¿Dónde está?

CÉSAR.—(La voz ligeramente enrañada.) Quizá lo verá usted más pronto de lo que imagina.

BOLTON.—¿Qué ha hecho desde que desapareció? Su carácter no es para la inactividad.

CÉSAR.—No.

BOLTON.—¿Pudo dejar de ser un revolucionario?

CÉSAR.—Suponga usted que escogió una profesión humilde, oscura.

BOLTON.—¿El? ¡Oh, diga! ¿Quizás arar el campo? El creía en la tierra.

CÉSAR.—Quizás; pero no era el momento...

BOLTON.—Es verdad.

CÉSAR.—Había otras cosas que hacer..., había que continuar la revolución, limpiarla de las lacras personales de sus hombres...

BOLTON.—Sí. César Rubio lo haría. Pero ¿cómo?

CÉSAR.—(Con voz empañada siempre.) Hay varias formas. Por ejemplo: llevar la revolución a un terreno mental..., pedagógico.

BOLTON.—¿Qué quiere usted decir?

CÉSAR.—Ser, en apariencia, un hombre cualquiera..., un hombre como usted... o como yo..., un profesor de historia de la revolución, por ejemplo.

BOLTON.—(Cayendo casi de espaldas.) ¿Usted?

CÉSAR.—(Después de una pausa.) ¿Lo he afirmado así?

BOLTON.—No..., pero... (Reaccionando bruscamente, se levanta.) Comprendo. ¡Por eso es por lo que no ha querido usted publicar la verdad! (CÉSAR lo mira sin contestar.) Eso lo explica todo, ¿verdad?

CÉSAR.—(Mueve afirmativamente la cabeza. Con voz concentrada, con la vista fija en el espacio, sin ocuparse de ELENA, que lo mira intensamente desde el comedor.) Sí..., lo explica todo. El hombre olvidado, traicionado, que ve que la revolución se ha vuelto una mentira, «pudo» decidirse a enseñar historia..., la verdad de la historia de la revolución, ¿no? (ELENA, estupefacta, sin gestos, avanza unos pasos hacia los arcos.)

BOLTON.—Sí. ¡Es... maravilloso! Pero usted...

CÉSAR.—(Con su extraña sonrisa.) ¿Esto no le parece a usted increíble, absurdo?

BOLTON.—Es demasiado fuerte, demasiado... heroico;

pero corresponde a su carácter. ¿Puede usted probar que...?

ELENA.—(Pasando a la sala.) La cena está lista. (Va a la puerta izquierda y llama.) ¡Julia! ¡Miguel! ¡La cena! (Se oye a MIGUEL bajar rápidamente la escalera.)

BOLTON.—(A ELENA.) Gracias, señora. (A CÉSAR.) ¿Puede usted? (CÉSAR afirma con la cabeza. Entra MIGUEL. JULIA llega un segundo después.)

ELENA.—(A BOLTON.) Pase usted.

BOLTON.—(Absorto.) Gracias. (Se dirige al comedor; de pronto se vuelve a CÉSAR, que está inmóvil.) ¡Es maravilloso!

MIGUEL.—(Mirándole extrañado.) Pase usted.

BOLTON.—Maravilloso. ¡Oh, gracias!

ELENA.—Empieza a servir, Julia, ¿quieres? (JULIA pasa al comedor. MIGUEL, que se ha quedado en la puerta, mira con desconfianza a BOLTON, luego a CÉSAR, percibiendo algo particular. CÉSAR, consciente de esta mirada vigilante, camina unos pasos hacia el primer término, derecha. ELENA lo sigue.) César...

CÉSAR.—(Se vuelve bruscamente y ve a MIGUEL.) Entra en el comedor y atiende al señor... (Mira la tarjeta.) Bolton. (A BOLTON.) Pase usted. Yo voy a lavarme, si me permite. (Se dirige a la izquierda bajo la mirada de MIGUEL, que, después de dejar pasar a BOLTON, se encoge de hombros y entra.)

ELENA.—(Que ha seguido a CÉSAR a la izquierda, lo detiene por un brazo.) ¿Por qué hiciste eso, César?

CÉSAR.—(Desasiéndose.) Necesito lavarme.

ELENA.—¿Por qué lo hiciste? Tú sabes que no está bien, que has (Muy bajo.) mentido. (CÉSAR se encoge violentamente de hombros y sale. ELENA permanece en el sitio, siguiéndolo con la vista. Se oyen sus pasos en la escalera. Del comedor salen ahora voces.)

JULIA.—Siéntese usted, señor.

BOLTON.—Gracias. Digo, solo en la revolución mexicana pueden encontrarse episodios así, ¿verdad?

MIGUEL.—¿A qué se refiere usted?

BOLTON.—Hombres tan sorprendentes como...

ELENA.—(Casi a la vez que el anterior, reaccionando bruscamente y dirigiéndose con energía al comedor.) Mis hijos no saben nada de eso, profesor. Son demasiado jóvenes.

BOLTON.—(Levantándose, absolutamente convencido ya.) ¡Oh, claro está, señora! Comprendo..., pero es maravilloso de todas maneras.

TELON

ACTO SEGUNDO

Cuatro semanas más tarde, en casa del profesor CÉSAR RUBIO. Son las cinco de la tarde. Hace calor, un calor seco, irritante. Las puertas y las ventanas están abiertas.

JULIA hace esfuerzos por leer un libro, pero frecuentemente abandona la lectura para abanicarse con él. Lleva un traje de casa, excesivamente ligero, que señala con demasiada precisión sus formas. Deja caer el libro con fastidio y se asoma a la ventana derecha. De pronto grita:

JULIA.—¿Carta para aquí? *(Después de un instante se vuelve al frente con desaliento. Recoge el libro y vuelve nuevamente la cabeza hacia la ventana. Mientras ella está así, el desconocido—NAVARRO—se detiene en el marco de la puerta derecha. Es un hombre alto, enérgico, de unos cincuenta y dos años. Tiene el pelo blanco y un bigote de guías a lo káiser, muy negro, que casi parece teñido. Viste, al estilo de la región, ropa muy ligera. Se detiene, se pone las manos en la cintura y examina la pieza. Al ver la forma de JULIA destacada junto a la ventana, sonríe y se lleva instintivamente la mano a la guía del bigote. JULIA se vuelve, levantándose. Al ver al DESCONOCIDO se sobresalta.)*

DESCONOCIDO.—Buenas tardes. Me han dicho que vive aquí César Rubio. ¿Es verdad, señorita?

JULIA.—Yo soy su hija.

DESCONOCIDO.—¡Ah! *(Vuelve a retorcerse el bigote.)* Conque vive aquí. Bueno, es raro.

JULIA.—¿Por qué dice usted eso?

DESCONOCIDO.—¿Y dónde está César Rubio?

JULIA.—No sé..., salió.

DESCONOCIDO.—*(Con un gesto de contrariedad.)* Regresaré a verlo. Tendré que verlo para creer...

JULIA.—Si quiere usted dejar su nombre, yo le diré.

DESCONOCIDO.—*(Después de una pausa.)* Prefiero sorprenderlo. Soy un viejo amigo. Adiós, señorita. *(Se atusa*

RODOLFO USIGLI: EL GESTICULADOR

el bigote, sonríe con insolencia y recorre el cuerpo de JULIA con los ojos. Ella se estremece un poco. El repite mien tras la mira.) Soy un viejo amigo..., un antiguo amigo. *(Sonríe para sí.)* Y espero volver a verla a usted también, señorita.

JULIA.—Adiós.

DESCONOCIDO.—*(Sale contoneándose un poco y se vuelve a verla desde la puerta.)* Adiós, señorita. *(Sale. JULIA se encoge de hombros. Se oyen los pasos de ELENA en la escalera. JULIA reasume su posición de lectura.)*

ELENA.—*(Entrando.)* ¿Quién era? ¿El cartero?

JULIA.—No... Un hombre que dice que es un antiguo amigo de papá. Lo dijo de un modo raro. Dijo también que volvería. Me miró de una manera tan desagradable...

ELENA.—*(Con intención.)* ¿Dices que no pasó el cartero?

JULIA.—Pasó..., pero no dejó nada.

ELENA.—¿Esperabas carta?

JULIA.—No.

ELENA.—Haces mal en mentirme. Sé que has escrito a ese muchacho otra vez. ¿Por qué lo hiciste? *(JULIA no responde.)* Las mujeres no deben hacer esas cosas; no haces sino buscarte una tortura más, esperando, esperando todo el tiempo.

JULIA.—Algo he de hacer aquí. Mamá, no me digas nada. *(Se estremece.)*

ELENA.—¿Qué tienes?

JULIA.—Estoy pensando en ese hombre que vino a buscar a papá... cómo me miró. *(Transición brusca. Arroja el libro.)* ¿Vamos a estar así toda la vida? Yo ya no puedo más.

ELENA.—*(Moviendo la cabeza.)* No es esto lo que te atormenta, Julia, sino el recuerdo de México. Si olvidaras a ese muchacho, te resignarías mejor a esta vida.

JULIA.—Todo parece imposible. ¿Y mi padre, qué hace? Irse por la mañana, volver por la noche, sin resolver nada nunca, sin hacer caso de nosotros. Hace semanas que no puede hablársele sin que se irrite. Me pregunto si nos ha querido alguna vez.

ELENA.—Le apena que sus asuntos no vayan mejor, más

rápidamente. Pero tu no debes alimentar esas ideas, que no son limpias Julia.

JULIA.—Miguel también está desesperado, con razón.

ELENA.—Son ustedes tan impacientes... ¿Dónde está ahora tu hermano?

JULIA.—Se fue al pueblo, a buscar trabajo. Dice que se irá. Hace bien. Yo debía...

ELENA.—¿Qué puede hacer uno con hijos como ustedes, tan apasionados, tan incomprensivos? Te impacienta esperar un cambio en la suerte de tu padre, pero no te impacienta esperar que te escriba un hombre que no te quiere.

JULIA.—Me hacés daño, mamá.

ELENA.—La verdad es la que te hace daño, hija. (JULIA se levanta y se dirige a la izquierda.) Hay que planchar la ropa. ¿Quieres traerla? Está tendida en el solar. (JULIA, sin responder, pasa al comedor y de allí a la cocina para salir al solar. ELENA la sigue con la vista, moviendo la cabeza, y pasa a la cocina. La escena queda desierta un momento. Por la derecha entra CÉSAR con el saco al brazo, los zapatos polvosos. Tira el saco en una silla y se tiente en el sofá de tule, enjugándose la frente. Acostado, lia, metódicamente, como siempre, un cigarro de hoja. Lo enciende. Fuma. ELENA entra en el comedor, percibe el olor del cigarro y pasa a la sala.) ¿Por qué no me avisaste que habías llegado?

CÉSAR.—Dame un vaso de agua con mucho hielo. (ELENA pasa al comedor y vuelve un momento después con el agua. CÉSAR se incorpora y bebe lentamente.)

ELENA.—¿Arreglaste algo?

CÉSAR.—(Tendiéndole el vaso vacío.) ¿No crees que te lo habría dicho si así fuera? Pero no puedes dejar de preguntarlo, de molestarme, de... (Calla bruscamente.)

ELENA.—(Dando vueltas al vaso entre sus manos.) Julia tiene razón... Hace ya semanas que parece que nos odias, César.

CÉSAR.—Hace semanas que parece que me vigilan todos..., tú, Julia, Miguel. Espían mis menores gestos, quieren leer en mi cara no sé qué cosas.

ELENA.—¡César!

JULIA.—(Entra en el comedor llevando un lio de ropa.) Aquí está la ropa, mamá.

ELENA.—(Va hacia el comedor para dejar el vaso.) Déjala aquí. O mejor, no. Hay que recoserla antes de plancharla. ¿Quieres hacerlo en tu cuarto? (JULIA pasa, sin contestar, a la sala, y cruza hacia la izquierda sin hablar a su padre.)

CÉSAR.—(Viéndola.) ¿Sigues molestándote mucho el calor, Julia?

JULIA.—(Sin volverse.) Menos que otras cosas..., menos que yo misma, papá. (Sale.)

CÉSAR.—¿Ves cómo responde? ¿Qué les has dicho tú, que cada vez siento a mis hijos más contra mí?

ELENA.—(Con lentitud y firmeza.) Te engañas, César; no te atreves a ver la verdad. Crees que somos nosotros, que soy yo, sobre todo, la que te incomoda y te persigue. No es eso. Eres tú mismo.

CÉSAR.—¿Qué quieres decir?

ELENA.—Lo sabes muy bien.

CÉSAR.—(Sentándose bruscamente.) Acabemos..., habla claro.

ELENA.—No podré yo hablar más claro que tu conciencia, César. Estás así desde que se fue Bolton..., desde que cerraste el trato con él.

CÉSAR.—(Levantándose furioso.) ¿Ves cómo me espías? Me espíaste aquella noche también.

ELENA.—Oí por casualidad, y te reproché que mintieras.

CÉSAR.—Yo no mentí. Puesto que oíste, debes saberlo. Yo no afirmé nada, y le vendí solamente lo que él quería comprar.

ELENA.—La forma en que hablaste era más segura que una afirmación. No sé cómo pudiste hacerlo, César, ni menos cómo te extraña el que te persiga esa mentira.

CÉSAR.—Supón que era la verdad.

ELENA.—No lo era.

CÉSAR.—¿Por qué no? Tú me conociste después de ese tiempo.

ELENA.—César, ¿dices esto para llegar a creerlo?

CÉSAR.—Te equivocas.

ELENA.—Puedes engañarte a ti mismo, si quieres. No a mí.

CÉSAR.—Tienes razón. Y, sin embargo, ¿por qué no podría ser así? Hasta el mismo nombre..., nacimos en el mismo pueblo, aquí; teníamos más o menos la misma edad.

ELENA.—Pero no el mismo destino. Eso no te pertenece.

CÉSAR.—Bolton lo creyó todo..., era precisamente lo que él quería creer.

ELENA.—¿Crees que hiciste menos mal por eso? No.

CÉSAR.—¿Por qué no lo gritaste entonces? ¿Por qué no me desenmascaraste frente a Bolton, frente a mis hijos?

ELENA.—Sin quererlo, yo completé tu mentira.

CÉSAR.—¿Por qué?

ELENA.—Tendrías que ser mujer para comprenderlo. No quiero juzgarte, César..., pero esto no debe seguir adelante.

CÉSAR.—¿Adelante?

ELENA.—Vi el paquete que trajiste la otra noche..., el uniforme, el sombrero tejano.

CÉSAR.—¡Entonces me espías!

ELENA.—Sí..., pero no quiero que te engañes más. Acabarías por creerte un héroe. Y quiero pedirte una cosa: ¿qué vas a hacer con ese dinero?

CÉSAR.—No tengo que darte cuentas.

ELENA.—Pero si no te las pido... Ni siquiera cuando era joven habría sabido qué hacer con el dinero. Lo que quiero es que hagas algo por tus hijos..., están desorientados, desesperados.

CÉSAR.—Tienes razón, tienes razón. He pensado en ellos, en ti, todo el tiempo. He querido hacer cosas. He ido a Saltillo, a Monterrey, a buscar una casa, a ver muebles. Y no he podido comprar nada..., no sé por qué... (*Baja la cabeza.*) Fuera de ese uniforme..., que me hacía sentirme tan seguro de ser un general.

ELENA.—¿No has pensado que podría descubrirse tu mentira?

CÉSAR.—No se descubrirá. Bolton me dio su palabra. Nadie sabrá nada.

ELENA.—Tú, todo el tiempo. ¿Por qué no nos vamos de aquí? Los muchachos necesitan un cambio..., un verdadero cambio. Vámonos, César... Sé que tienes dinero suficiente..., no me importa cuánto. Ahora que lo tienes..., es el guardarlo lo que te pone así.

CÉSAR.—¿Tengo derecho a usarlo? Eso es lo que me ha torturado. ¿Derecho a usarlo en mis hijos sin...?

ELENA.—Tienes el dinero. Yo no podría verte tirarlo, ahora que lo tienes; no podría, me dan tanta inquietud, tanta inseguridad mis hijos.

CÉSAR.—¡Tíralo! Lo he pensado; no pude. Y... me da vergüenza confesártelo..., pero he llegado a pensar en irme solo.

ELENA.—Lo sabía. Cada noche que te retrasabas pensaba yo: ahora ya no volverá.

CÉSAR.—No fue por falta de cariño..., te lo aseguro.

ELENA.—También lo sé...; eran remordimientos, César.

CÉSAR.—(*Transición.*) ¿Remordimientos, por qué? Otros hombres han hecho otras cosas, cometido crímenes..., sobre todo en México. No robé a ningún hombre, no he arruinado a nadie.

ELENA.—Tú sabes que si se descubriera esto, por lo menos Bolton, que es joven, perdería su prestigio, su carrera..., y nosotros, que no tenemos nada, la tranquilidad. Vámonos, César.

CÉSAR.—Bolton mismo, si algo averiguara, tendría que callar para no comprometerse. ¿Y adónde podríamos ir? ¿A México?

ELENA.—Siento que tú no estarías tranquilo allí.

CÉSAR.—¿Monterrey? ¿Saltillo? ¿Tampico?

ELENA.—¿Podrías vivir en paz en la República, César? Yo tendría siempre miedo por ti.

CÉSAR.—No te entiendo.

ELENA.—Tú lo sabes..., sabes que tendrías siempre delante el fantasma de...

CÉSAR.—(*Rebelándose.*) Acabarás por hacerme creer que soy un criminal. (*Pausa.*) ¿Por qué no ir a los Estados Unidos? ¿A California?

ELENA.—Creo que sería lo mejor, César.

CÉSAR.—Me cuesta salir de México.

ELENA.—Nada te detiene aquí más que tus ideas, tus sueños, compréndelo.

CÉSAR.—¡Mis sueños! Siempre he querido la realidad: es lo que tú no puedes entender. Una realidad... (*Se encoge de hombros.*) Mucho tiempo he tenido deseos de ir a California; pero no podría ser para toda la vida. (*Reacción vigorosa.*) Has acabado por hacerme sentir miedo; no nos iremos, no corro peligro alguno.

ELENA.—¿Has sentido miedo entonces? También sentiste remordimientos. ¿No te das cuenta de que esas cosas están en ti?

CÉSAR.—Quien te oyera pensaría en algo sórdido y horrible, en un crimen. No, no he cometido ningún crimen. Lo que tú llamas remordimiento no era más que desorientación. Si no he usado el dinero es porque nunca había tenido tanto junto..., en mi vida...; he perdido la capacidad de gastar, como ocurre con nuestra clase; otros pierden la capacidad de comer, en fuerza de privaciones.

ELENA.—Sí..., eso parece razonable..., parece cierto, César.

CÉSAR.—¿Entonces?

ELENA.—Parece, porque lo generalizas. Pero no es cierto,

César. Puede ser que no hayas cometido un crimen al tomar la personalidad de un muerto para...

CÉSAR.—¡Basta!

ELENA.—Puede ser que no hayas cometido siquiera una falta. ¿Por qué sientes y obras como si hubieras cometido una falta y un crimen?

CÉSAR.—¡No es verdad!

ELENA.—Me acusas de espiarte, de odiarte...; huyes de nosotros diariamente, y en el fondo eres tú el que te espías, despierto a todas horas; eres tú el que empiezas a odiarnos..., es como cuando alguien se vuelve loco, ¿no ves?

CÉSAR.—¿Y qué quieres que haga entonces? (*Pausa.*) O... ¿reclamas tu parte?

ELENA.—Yo soy de esas gentes que pierden la capacidad de comer; la he perdido a tu lado, en nuestra vida. No me

quejo. Pero Miguel dijo que se quedaba porque tú le habías prometido no hacer nada deshonesto.

CÉSAR.—¿Y lo he hecho acaso?

ELENA.—Tú lo sabes mejor que yo; pero tus hijos se secan de no hacer nada, César. Somos viejos ya y necesitamos el dinero menos que ellos. Puedes ayudarles a establecerse fuera de aquí. Podrías darles todo, para librarte de esas ideas... ¿Qué nos importa ser pobres unos cuantos años más, a ti y a mí?

CÉSAR.—(*Muy torturado.*) ¿No tenemos nosotros derecho a un desquite?

ELENA.—Si tú quieres. Pero no los sacrifiquemos a ellos. Quizá no quieres irte de México porque pensaste que la gente podía enterarse de que tenemos dinero..., por vanidad. Si nos vamos, César, seremos felices. Pondremos una tienda o un restorán mexicano, cualquier cosa. Miguel cree en ti todavía, a pesar de todo.

CÉSAR.—¡Déjame! ¿Por qué quieres obligarme a decirlo todo ahora? Después habrá tiempo..., habrá tiempo. (*Pausa.*) Me conoces demasiado bien.

ELENA.—¡Después! Puede ser tarde. No me guardes rencor, César. (*Le toma la mano.*) Hemos estado siempre como desnudos, cubriéndonos mutuamente. En el fondo eres recto... ¿Por qué te avergüenzas de serlo? ¿Por qué quieres ser otra cosa... ahora?

CÉSAR.—Todo el mundo aquí vive de apariencias, de gestos. Yo he dicho que soy el otro César Rubio... ¿A quién perjudica eso? Mira a los que llevan águila de general sin haber peleado en una batalla; a los que se dicen amigos del pueblo y lo roban; a los demagogos que agitan a los obreros y los llaman camaradas sin haber trabajado en su vida con sus manos; a los profesores que no saben enseñar; a los estudiantes que no estudian. Mira a Navarro, el precandidato... Yo sé que no es más que un bandido, y de eso sí tengo pruebas, y lo tienes por un héroe, un gran hombre nacional. Y ellos sí hacen daño y viven de su mentira. Yo soy mejor que muchos de ellos. ¿Por qué no?

ELENA.—Tú lo sabes..., también eso está en ti. Tú no, porque no, porque no.